Con tristeza comunicamos a nuestros lectores que la entrañable columna "Minucias del lenguaje" del doctor José G. Moreno de Alba, una de las más esperadas mes a mes por nuestros lectores, se ausentará lamentablemente de estas páginas. Luego de largos años de publicación ininterrumpida, primero en el periódico *Unomásuno* y después en *EstePaís*, nuestro autor ha decidido descansar de la labor que supone la siempre cuidadosa preparación de sus "Minucias". Con seguridad, contaremos con su presencia esporádica y bajo formas distintas en números venideros. Nuestro agradecimiento al Doctor y el compromiso de que sus futuros proyectos editoriales siempre tendrán su casa en la revista.

EstePaís | cultura desea que el tema fundamental de nuestra lengua siga presente en sus páginas y trabaja para ello. Esté pendiente.

Colour in, color hado

Ricardo Ancira

~

Había una vez, en un lejano país, un soberano que tenía tres hijos y que había seguido al pie de la letra las recomendaciones del Fondo Monetario Internacional. Lo de *lejano* es relativo: depende del etnocentrismo de cada quien. La soberanía del monarca también es un decir, ya que si bien él era libre de hacer lo que le viniera en gana en su territorio (y a y con sus súbditos), había hipotecado su reino, cuya deuda externa no sería pagable ni en el próximo millón de años. A los súbditos, los dictados del soberano les valían un soberano cacahuate. El Fondo, por su parte, vaya que acababa siéndolo, principalmente para las naciones deudoras como la de nuestro cuento; *monetario* también era, pues de monedas (casi siempre treinta) se trataba, efectivamente (es decir en efectivo), el asunto. Lo de *internacional* sí resultaba discutible, toda vez que, a lo sumo, era trinacional, y esos tres países siempre eran los mismos. Por otra parte, el rey presumía ser padre de tres hijos, lo que de ninguna manera certifica que fueran de él, sobre todo si tomamos en cuenta que a la reina le encantaba la juerga con la misma intensidad y frecuencia con las que al soberano le fallaba la libido...

Después de este fallido, aunque preciso, comienzo, sólo me resta volver a empezar: Érase que se era un rey que tenía tres hijos. El mayor, siguiendo los consejos de su padre, construyó una casa con cemento y ladrillos; el de en medio, con madera "importada"; el tercero, flojo como era, utilizó solamente paja. El primero había obtenido un crédito inmobiliario a tasa fija; el segundo se benefició con la tala clandestina del único bosque del reino; el tercero era líder agrario, por eso no le interesaba en lo más mínimo el campo, mucho menos tener chalets campestres, él que vivía en la ciudad, como todos los más conocidos líderes campesinos.

Todo el mundo sabe que cuando llegó el Fisco Feroz se puso a soplar para derribar una a una las casitas. La de paja fue la que más aguantó. El principito no estaba presente, pero ni falta hacía pues había sido líder de masas, campeón de mesas (de póquer), reventador de misas, embarazador de mozas y persecutor de musas: en pocas palabras, era un político nato. Gracias a ello logró corromper al ogro financiero, que en realidad era puro cuento.

Pero bueno, el verdadero asunto de este escrito no es ése, sino la narración de la competencia entre los tres príncipes para conquistar a la bella princesa del reino vecino.

Aclaremos que no era precisamente princesa sino una sirvienta no sindicalizada (ni declarada ante la seguridad social) que laboraba en casa de una bruja, la cual tenía dos hijas que se querían casar con un príncipe, cualquiera, con tal de que fuera hijo de rey con castillo y festines.

Un día la muchacha, que tenía buen corazón e ilimitadas ambiciones, fue a visitar a su abuelita que vivía a la mitad del bosque. De poco iban a servir las galletas, el tarro de miel y los condones que la nietecita le llevaba en su cesto. La viejecilla estaba muy enferma porque en las clínicas de salud casi no había medicinas, ya que el real ministro correspondiente se gastaba casi todo el presupuesto en su precampaña política.

Esto viene a cuento porque, aprovechando que el lobo no era vegetariano, la chica sembró una habichuela de la que empezó a crecer instantáneamente una planta, y cuyas ramas alcanzaron pronto el cielo. Ella tomó la determinación de escalarla, pero no tardó mucho tiempo en darse cuenta de que en esta historia los ascensos no están hechos para las mujeres, y menos si son pobres y honestas. Para su fortuna, a la bestia despiadada que aterrorizaba el bosque le había dado enfise-

ma de tanto soplido y no la devoró ni a ella ni a su abuelita. El apuesto leñador que llegó al rescate se quedó con el hacha al hombro y sintiéndose en el cuento equivocado.

Comoquiera que sea, la muchacha adquirió un título nobiliario en el mercado negro, para lo cual tuvo que aceptar pernoctar con siete señorcitos que resultaron hartamente libidinosos y la dejaron cubierta de hollín, entre otras sustancias. Por si fuera poco, ni siquiera pudo dormir la terrible mona porque la despertó a besos muy de mañana un joven fetichista, venido seguramente de otra historia infantil, que insistía en calzarle una zapatilla de vidrio demasiado pequeña. De su anterior experiencia con los tazones de sopa y las camas de papá oso, mamá osa y bebé osito mejor ni hablar, no alimentemos los rumores de perversiones que de por sí ya corren por ahí, pero ése es otro cuento.

Pues bien, volviendo al rey globalizado con el que comenzaron estas desastrosas líneas, resulta que tuvo a bien dictar un bando solemne para casar a su hijo mayor, que para entonces ya se había reciclado como traficante de drogas socialmente aceptadas, con la princesa que superara a sus rivales en tres difíciles pruebas: (*fanfarria*) combatir a muerte con un dragón, (*redoble de tambores*) encontrar la sortija mágica que un niño zonzo confundió con una miga de pan y (*más fanfarrias*) sobresalir en una competencia de camisetas mojadas.

Como salta a la vista, el narrador ya se desentendió olímpicamente de lo enunciado en el párrafo tres, pero todo se vale en aras de la comercialización y rentabilidad de los productos literarios.

Lo del dragón fue un cuento chino, una maniobra del soberano para evitar los ataques de las organizaciones ecológicas, ya que todo el mundo sabía que el último ejemplar había sido servido, acompañado de compota de manzana, en una de las tantas francachelas a las que periódicamente era convidada la gente bonita del reino. Para no hacerles el cuento largo, les diré que las otras dos pruebas las superó sin dificultad nuestra princesa que, para el efecto, envenenó con una manzana transgénica a una de sus rivales. De las demás se deshizo con artimañas inverosímiles, como desplazar sus palacios en un tornado, vestirse con piel de asno o cortarles las blondas trenzas que sus enamorados solían usar como cuerdas para escalar las torres de los alcázares.

Las otras dos pruebas resultaron un juego de niños: la sortija apareció milagrosamente en el dedo anular de la reina; mucho tiempo se rumoró que su hijo predilecto había recuperado la joya recurriendo al tráfico de influencias. Los senos más aplaudidos, por su parte, llegaron a pesar ocho kilos de pura silicona y dejaron tarea a los varones presentes.

Al hijo menor de la reina, del que poco hemos hablado, las cuentas de la lechera lo tenían sin cuidado; él iba a lo seguro: ya estaba en tratos con The Walt Disney Company para comercializar estas historias de familia (una vez más fue con el cuento). Pero dejémonos de ídem, el asunto es que la heroína de esta historia (no me refiero a la sustancia que vendía su futuro esposo) casose con el príncipe. La exclusiva de la boda el soberano la vendió en un millón de dólares a *Notitas digitales*, semanario que, en seis ediciones extraordinarias, dio cuenta amplia de la fastuosidad del desposorio llenando con ello de contento a las amas de casa del condado, ricas y pobres por igual, las cuales tácitamente dieron su aval a los dispendios que la celebración ocasionó. Todos los súbditos coincidieron en afirmar: "No se anduvieron con cuentos" pero nadie o muy pocos hicieron cuentas: "¿Qué habrá hecho el rey con el millón?".

Mil y un días, con sus noches, duraron las nupcias, que fueron amenizados por grupos musicales de moda, celebridades y narcoshows.

Los distinguidos miembros de la clase política (que en ese entonces se llamaban cortesanos y eran al mismo tiempo los promotores, cónyuges o padrotes de dichos artistas, celebridades o narcos) durante los esponsales engulleron sin cuento hasta saciarse los activos y los fondos de retiro del reino (o sea de los súbditos) del monarca (él sí reservó su fondo de pensión). Devoraron también todas las perdices locales, así como las de las comarcas circunvecinas, lo que tal vez explique por qué los recién casados no fueron felices.

Con cuentos como éstos nos vienen desde niños. Quizá por eso llevamos siglos creyéndolo todo y viviendo del cuento: el de nunca acabar. ~